

# E. MIRET MAGDA LENA

**Y**O, naturalmente, no soy pesimista. No obstante, ahora, cada vez veo menos claras las cosas, y un relente negativo me invade en ocasiones.

El tiempo que transcurre sin resolver problemas religiosos y profanos va ejerciendo sobre los hombres una negativa impresión y —a la larga—, una deseducación de amplio y poco optimista alcance. Toda espera tiene un precio. Y este precio puede ser cada vez más caro.

Nosotros —en mi opinión— estamos en ese punto.

Este país, en el que nos ha tocado vivir, ya desde antiguo (tres o cuatro siglos sobre todo), ha mostrado una especial alergia a las ideas aireadas en público. Y esto —que la Iglesia fomentó— ha tenido graves consecuencias hasta ahora, y mucho me temo que las seguirá teniendo en el futuro por inercia, si seguimos en ese clima de espera que nada bueno presagia.

Yo creo que esto no sólo ha pasado en el ámbito eclesástico, sino también en el civil. Pensar que ambos campos pueden ser idealmente separados es una pura ficción. Una cosa es que externamente los separemos lo más posible, construyendo una mutua independencia jurídica (cosa todavía lejana entre nosotros), y otra muy distinta es que no se influyan ambos aspectos mutuamente en la vida real del hombre. Si la Iglesia corta la expansión de las ideas, esto tiene repercusión en la vida política del país; y si ocurre al revés, los católicos —tan extendidos todavía— sufren el impacto de la sociedad concreta en que vivimos.

El apoliticismo es contrario al catolicismo. Un cristiano no puede evadirse de su responsabilidad con la sociedad: al contrario, su condición de hombre seguidor de un personaje como Jesús, le exige una postura "encarnada", comprometida con las cosas de este mundo. Si lo religioso en el fundador del Evangelio está "encarnado", hecho carne en un hombre, querrá esto decir que nada hay ajeno al Evangelio. No para dictar soluciones concretas, sino para estimular toda apertura y sentido personal de la responsabilidad, que induzca al individuo a decidir por sí mismo acerca de cualquier acontecimiento humano. Lo humano en el cristianismo está comprometido.

El Papa Pío XI le llamó a todo esto "caridad política". Un amor que no se esconde en el afecto limosnero, sino que se abre a la preocupación social y pretende hallar soluciones a sus problemas.

Pero, yo me pregunto: ¿De dónde pueden venir las soluciones, sino de las ideas? Los esquemas que pretenden resolver los problemas de nuestro mundo español, ideas son. Y sin ellas, mal podríamos ejercer la noble función de escoger y decidir. Si carecemos

de ideas, no podemos ser sino unos autómatas llevados al viento del momento y, cuando más, desahogándonos afectivamente con reacciones ciegas e impulsivas que descargan nuestra agresividad, pero no aportan auténticas soluciones.

Con verbo encendido, y demasiado ampuloso, don Emilio Castelar pintaba en el siglo XIX nuestra herencia hispánica así: "No hay nada más espantoso, más abominable, que aquel gran Imperio español, que era un sudario que se extendía por el planeta. No tenemos agricultura porque expulsamos a los moriscos, no tenemos industria porque arrojamos a los judíos. No tenemos ciencia porque somos un miembro atrofiado de la ciencia moderna. Encendimos las hogueras de la Inquisición, arrojamos a ellas a nuestros pensadores, y después ya no hubo de las

## ESPAÑOLES SIN IDEAS

ciencias en España más que un montón de ruinas" (Antología de las Cortes Constituyentes. T. I. Siglo XIX).

Siempre lo mismo: el miedo a las ideas, el freno a su libre y pública exposición. Y derivado de ello, el empujamiento del hombre y de todo lo del hombre.

Y nuestro catolicismo español, principal culpable de este agostamiento material y moral.

Sin duda, ya no estamos en el pasado siglo y muchas cosas han cambiado materialmente entre nosotros. Pero, ¿hemos permitido la expansión del hombre? ¿Hemos alcanzado su apertura, amplia y satisfactoria, a un abanico de ideas que le permitan compulsar, sopesar y decidir libremente?

Porque nuestros teólogos del medioevo tuvieron entre sus muchas intuiciones una muy importante, y que viene ahora al caso. Santo Tomás y sus seguidores más fieles se plantearon el problema del cambio en el espíritu humano. Y lo hicieron tomando como modelo a los espíritus celestiales. Este pensador tradicional creía que en la otra vida no podíamos cambiar de decisión porque siempre adoptaríamos, tras dejar nuestra vestidura carnal en la sepultura, la misma opción, sin variación alguna. ¿Por qué esto? Muy sencillo: este teólogo opinaba que era imposible cambiar porque no tendríamos ocasión de adquirir ninguna perspectiva di-

ferente; viviríamos en el cielo del acervo adquirido en la tierra, sin un nuevo aporte, sin nuevas ideas que permitieran el cambio al compulsar las ya adquiridas con las nuevas. Careciendo de esta comparación, no hay posible transformación de nuestra decisión anterior. Sin ideas, no hay cambios.

El ángel o el espíritu "en tanto puede reformar su juicio cierto acerca de algún objeto, en cuanto puede percibir en él alguna nueva razón que no había percibido" (J. Rosanas, S. J. Angeología. Buenos Aires, 1953).

Al no tener posibilidad de nuevas ideas, somos robots de la decisión anterior, no podemos cambiar ni decidir nuevamente. Estamos congelados en nuestra postura, sin posibilidad de cambio o transformación. Somos unos autómatas a partir de este momento.

Pensemos ahora en nuestra situación española. En lo religioso se nos predicó la Inquisición y el Índice de Libros Prohibidos, y en lo profano, su contrapartida absolutista. No podíamos leer nada más que lo que coincidiera con las ideas de nuestros clérigos, y esto, poco a poco, ha ido difundiendo y callando en otros ámbitos humanos, consiguiendo el mismo estrecho horizonte en materias sociales y políticas.

Si no tenemos ideas, si estas ideas no pueden ser expuestas, compulsadas y discutidas con razones (no con frases emotivas), entonces estamos y estaremos inmutables en nuestras anteriores decisiones: seremos prolongación de lo que fuimos, y no podremos esperar renovación y cambio primitivo. No estaremos en disposición de ejercer suficientemente nuestra libertad de fondo. Esta chispa que decimos es la característica principal del ser humano, estará ahí como un rescoldo sin fuerza ni energía capaz de encender el carbón —la energía— que ponga en marcha nuestras potencialidades. Estaremos condenados a ser robots o semirrobots.

Y de nada sirve que hoy la Iglesia y sus seguidores estén en plena efervescencia de estrenar libertad de palabra, porque todo ello —en mi opinión— se plantea a un plano demasiado superficial, y sin arraigo profundo. Es como el niño que estrena zapatos nuevos, pero no piensa sobre ello, sino que se deja llevar por su emotividad nada más. Y eso influye poco en la sociedad profana.

Haría falta que a nivel religioso y a nivel civil hubiera una confrontación honda de ideas, una difusión sin cortapisas extemporáneas, de posturas de consonancia con estas ideas.

Esto es lo que esperamos muchos, pero, ¿cuándo vendrá? Lo malo es que el tiempo lo deteriora todo, y esa espera hace más difícil el porvenir. El español se acostumbra al automatismo y sólo vive de emotividades desahogadas en reacciones sin consecuencias decisivas.